

APRENDIENDO DE LAS NACIONES PEQUEÑAS

¿Podrías comenzar contándonos sobre tus orígenes familiares y sobre el medio intelectual y cultural en el que creciste?

Nací en Praga en 1932. Mis padres, ambos checos de nacimiento, habían llegado a la ciudad procedentes de provincias en la década de los años veinte. Mi padre era un trabajador especializado que posteriormente se convirtió en técnico; era socialista, pero católico e intensamente anticomunista. Quizá su perplejidad a la hora de comprender mi decisión de estudiar humanidades, que para él carecían de interés, me llevó a estudiar problemas que tuvieran alguna relevancia social. El padre de mi madre también era socialista, pero con una fuerte actitud anticlerical y un intenso sentimiento nacional. La religión nunca se discutió en casa jugando un escaso papel en mi formación más allá de su no muy atractiva enseñanza en la escuela elemental. El entorno intelectual decisivo para mí fueron los ocho años pasados en el instituto, donde el latín y el griego constituían el núcleo de las materias del programa.

¿Marcaron tus primeras experiencias «nacionales» —la ocupación nazi, el levantamiento de Praga y la liberación y el periodo de 1945-1948, en contraposición a la era estalinista que siguió al ascenso al poder de Gottwald— tu concepción del mundo de alguna forma significativa?

Los años de la ocupación sobre todo me enseñaron el miedo: aprendí a ser desconfiado, una habilidad que posteriormente demostró ser importante para la supervivencia. Recuerdo el levantamiento de 1945, en el que participó mi padre, como un momento de gran euforia y orgullo; tras la liberación, el conjunto de la sociedad checoslovaca fue intensamente patriótica. Los tres años posteriores me parecen hoy el único periodo de mi vida en el que me sentí absolutamente libre de expresarme a mis anchas. Naturalmente se trata de una ilusión, ya que fui ciertamente influenciado por los medios de comunicación. Febrero de 1948 se percibió por toda mi familia como un desastre, pero yo también sentí un fuerte sentimiento de indignación hacia los políticos no comunistas que habían abierto las puertas para que los comunistas llegaran al poder y que después huyeron a

Occidente. Sabía poca cosa del Tratado de Yalta y de la división del mundo entre las superpotencias. Después de 1948, el patriotismo de la era de la liberación debió modificarse para satisfacer las exigencias de la Guerra Fría: el sentimiento nacional checo tuvo que hacerse compatible con el amor por la Unión Soviética y otros países socialistas, mientras que las actitudes hacia Occidente debían distinguir «el pueblo», objeto de sentimientos positivos, y la «burguesía», el enemigo: se trataba de conceptos que eran, no hace falta decirlo, ineficaces y pronto degeneraron en farsa.

¿Qué te llevó a estudiar Historia en la universidad para después concentrarte en la crisis del siglo xvii, escribiendo tu tesis de licenciatura sobre el general habsbúrgico Wallenstein, y tu tesis doctoral sobre el comercio del mar Báltico durante la Guerra de los Treinta Años?

Había pretendido originalmente estudiar Literatura en la universidad en vez de Historia; creía necesario mantener la tradición cultural checa, que sentía puesta en peligro por el nihilismo comunista. Pero me desanimé por el bajo nivel de discusión intelectual y por la atmósfera política. Tras un año me cambié a Historia, donde había todavía algunos profesores de los días prerrevolucionarios y el clima era más amable y menos politizado. Mi profesor favorito, Josef Polišenský, pertenecía a la generación previa a 1948 y fue él quien me sugirió que estudiase los archivos de Wallenstein y analizara sus actividades menos conocidas en la costa báltica. El hecho de que yo supiera alemán y conociera las lenguas nórdicas también jugó un papel al respecto; cuando era un chaval había estado implicado en un proyecto de la Cruz Roja que llevaba a niños desnutridos checos a pasar las vacaciones de verano a Noruega, así que aprendí noruego, lo cual me abrió el camino al resto de las lenguas escandinavas. Estudiar a Wallenstein comenzó como un tema muy tradicional, pero me sirvió como puente para mi trabajo doctoral sobre la interrelación entre comercio y política durante la Guerra de los Treinta Años, en el que combiné la historia política con la historia del comercio, los precios y el transporte. Este planteamiento fue considerado demasiado alejado de los parámetros estándar y Josef Polišenský no se mostró demasiado entusiasta al respecto. Posteriormente, cuando el debate sobre el siglo xvii llegó a los países socialistas, me concentré en la distinción entre crisis y declive. Intenté probar que crisis no significa automáticamente declive, sino que era, por el contrario, una manifestación de la agudización de las contradicciones internas del sistema: si éste era capaz de superar la crisis mediante cambios parciales, podría salir de ella estabilizado o incluso fortalecido.

¿En qué momento comenzaste a estudiar los problemas nacionales?

Mi interés por los procesos de formación de las naciones, esto es, por cómo comienzan los movimientos nacionales, surgió muy pronto, en los años cincuenta. Al inicio de mi segundo año de Historia en la universidad, escri-

bí un ensayo sobre la estructura social de los miembros de un grupo patriótico checo del siglo XIX. Llegué a la conclusión de que los partidarios del movimiento nacional no eran ni burgueses, como mantenía la línea estalinista oficial, ni procedían del campesinado como defendía el mito patriótico checo, sino por el contrario de la pequeña burguesía –artesanos, tenderos– y de la *intelligentsia*. Este punto de partida se hallaba de algún modo conectado al hecho de que nosotros formábamos parte del imperio soviético y de que en ese momento los movimientos nacionales eran criticados como instrumentos de la burguesía. Había varios artículos de Marx y Engels de 1848 criticando los movimientos nacionales eslavos, y especialmente los checos, como contrarrevolucionarios. Algunos historiadores soviéticos y checos los denunciaban en la década de los cincuenta como «reaccionarios», mientras yo contemplaba esto como el primer paso a la rusificación.

¿Qué autores te influenciaron principalmente en ese momento y cómo se desarrolló tu investigación?

El primer autor que me influyó en sentido negativo fue Stalin, con su tesis de que las naciones se formaban mediante las luchas de la burguesía por los mercados. Esto era lo que aprendíamos en el instituto. El primer autor que tuvo un impacto positivo sobre mí fue el marxista austro-húngaro Otto Bauer, cuyo texto *La socialdemocracia y la cuestión de las nacionalidades* sostenía que la nación se había formado en una serie de diferentes etapas desde la Edad Media. Era un libro muy importante y muy interesante, pero difícil de obtener en los años cincuenta porque estaba prohibido en Checoslovaquia por «revisiónista». Otro trabajo importante para mí fue *Nacionalismo y comunicación social* de Karl Deutsch, publicado en 1953, y que leí a principios de la década de los sesenta; en ese momento, yo consideraba la «comunicación» como un factor explicativo muy importante en la formación de las naciones. Una inspiración indirecta me vino también de Eric Hobsbawm, cuyo libro *La era de la revolución*, publicado en 1962, contenía un pequeño capítulo sobre las naciones y otro sobre el Romanticismo europeo. Hobsbawm describe la situación en el umbral de la modernidad y contempla las naciones y los movimientos nacionales emergiendo de lo que hoy denominaríamos una «crisis de identidades», aunque él utiliza otros términos. Creo que se trata de una hipótesis muy importante y todavía apuesto por ella.

Pero en ese momento, mi motivación para estudiar las cuestiones nacionales fue sobre todo académica: contemplar este fenómeno fascinante, que se despliega en Europa en diferentes momentos, en diferentes territorios, pero con los mismos conceptos, el mismo modo de pensar. Ello no podría explicarse únicamente por la «migración» de la idea nacional, en otro caso ¿por qué los catalanes, viviendo próximos a Francia, comenzaron su movimiento cien años después de la Revolución francesa, mientras que los checos, que estaban mucho más alejados, iniciaron el suyo diez años des-

pués de empezar ésta? ¿Fue este proceso de formación de la nación un proceso abstracto o fue la suma concreta de acciones realizadas por personas realmente existentes, y si fue así, por qué tipo de personas? ¿Qué les motivaba a ser patriotas? Por estas razones comencé a estudiar las «precondiciones sociales de la revitalización nacional». Había quizá también una cierta satisfacción personal para mí en ver que los checos estaban lejos de ser los únicos en luchar por su «revitalización»; un elemento nostálgico de búsqueda de afinidades con nuestro destino. Si existía una corriente subterránea en mi investigación, provenía del deseo de introducir algún tipo de revisionismo en este campo de estudio. Intenté utilizar datos estadísticos, que en ese momento pensaba que no podrían ser cuestionados, con el fin de demostrar que era posible utilizar la metodología marxista para explicar la formación de las naciones, de un modo más sofisticado y convincente de lo que lo hacía el marxismo-leninismo soviético oficial.

Al otro lado del Telón de Acero, en Europa occidental, mi área de investigación era considerada absolutamente obsoleta. Recuerdo visitar Alemania Occidental y Dinamarca en los años sesenta y encontrar a algunos historiadores jóvenes que no podían comprender mi interés por fenómenos «reaccionarios» como las naciones y el «nacionalismo». Su opinión sobre éste no difería de la de los liberales que consideraban el «nacionalismo» como un legado del siglo XIX pasado de moda. Fue, incidentalmente, durante una estancia de un año en Marburgo —donde asistí entre otros al seminario de Wolfgang Abendroth— cuando aprendí a comprender y apreciar el marxismo como un método serio de investigación.

¿Cómo llegaste a adoptar el método comparativo que utilizaste en tu trabajo de 1968, Precondiciones sociales de la revitalización nacional en Europa¹, y cuáles fueron los problemas surgidos al aplicarlo a procesos históricos tan complejos como la formación de las naciones?

El objetivo de estudiar la «revitalización» nacional checa en el contexto comparativo europeo no era tan innovador, aunque es cierto que a principios de la década de los sesenta tal planteamiento no era especialmente popular entre los historiadores. Naturalmente, era aceptable hacer comparaciones, incluso en el seno de la historiografía tradicional, pero meramente como una herramienta para definir la especificidad de los fenómenos históricos. Esto era precisamente lo que me sorprendía como demasiado estrecho y pasado de moda, dado que Hobsbawm me había impresionado intensamente. Sin embargo, también comprendía que este planteamiento podía utilizarse a efectos de síntesis histórica, pero no de análisis, dado que era generalizador y transnacional pero no comparativo. En ese

¹ Miroslav Hroch, *Die Vorkämpfer der nationalen Bewegung bei den kleinen Völkern Europas*, Praga, 1968; *Social Preconditions of National Revival in Europe*, Cambridge, 1985.

momento no conocía el trabajo de Weber, pero intenté, paso a paso, desarrollar un conjunto factible de procedimientos analíticos propios. En primer lugar, intenté definir los procesos que debían ser comparados con el fin de estar seguro de que pertenecían a la misma categoría; en mi caso, no eran las «naciones» sino más específicamente los «movimientos nacionales». Después, tenía que clarificar el objetivo de la comparación, que en este caso no sería encontrar las diferencias y las especificidades, sino identificar los rasgos comunes que me permitirían producir una explicación general.

También tuve que resolver el problema del tiempo: el hecho de que los movimientos nacionales no procedieran sincrónicamente. Decidí buscar etapas o situaciones análogas que podrían distinguirse en el seno de la trayectoria de cada movimiento nacional y después definir las que fueran comparables en los distintos casos. Partiendo de esta hipótesis, construí una periodización de acuerdo con el grado de aceptación pública que ganaba el movimiento nacional. Identifiqué una fase A, situada en los prolegómenos de toda revitalización nacional, marcada por una preocupación apasionada por parte de un grupo de individuos, normalmente intelectuales, por el estudio del lenguaje, la cultura y la historia de la nacionalidad oprimida. La fase B se halla caracterizada por la agitación patriótica llevada a cabo por un movimiento organizado que hace fermentar activamente la conciencia nacional. La fase C se refiere a la aparición de un movimiento nacional de masas que se extiende a todo el territorio. En mi concepción, la fase B, el periodo de agitación nacional, era el decisivo en el proceso de formación de la nación. Un paso más consistía en seleccionar los criterios para efectuar la comparación, esto es, definir un conjunto de cuestiones que podrían ser contestadas por todos los movimientos nacionales. Opté por examinar la composición social del grupo de líderes patriotas en la fase B. Quizá este conjunto de procedimientos no era muy sofisticado, pero demostró ser una herramienta eficaz y operativa para el análisis. Posteriormente, por supuesto, formulé los principios del método comparativo de una manera más consecuente, más recientemente en una colección de mis artículos de 2007².

En Precondiciones sociales de la revitalización nacional en Europa distinguías entre, por un lado, un modelo establecido de formación de la nación característico de Europa, que tiene lugar como parte de la transición del feudalismo a las relaciones sociales capitalistas, y aplicable en líneas generales a las naciones «grandes» o «dominantes» —Francia, Inglaterra, España, Alemania, Dinamarca— y, por otro, la experiencia diferente de las naciones «pequeñas» u «oprimidas», sometidas por una clase dominante de otra nacionalidad, que presentan un grado variable de asimilación a ésta

² Véase el «Prefacio» a *Comparative Studies in Modern European History*, Aldershot, 2007. *Social Preconditions of National Revival in Europe* fue objeto de reseña en «From National Movement to the Fully Formed Nation», *NLR* 1/198 (marzo-abril de 1993).

en la que los ciudadanos se enfrentaban con la opción de una identidad nacional: la del dominador o la de su propia nación oprimida. ¿Qué determinó la selección de los movimientos de las «naciones pequeñas» que escogiste estudiar, esto es, los movimientos noruego, checo, finlandés, estonio, lituano, eslovaco, flamenco y la exclusión de los Balcanes?

Yo pretendía encontrar los factores explicativos generales en el contexto social de los actores de los movimientos y, por consiguiente, tenía que escoger como objetos de comparación movimientos nacionales que se desarrollaran bajo diferentes condiciones políticas, culturales y sociales y que produjeran también resultados diversos. Al mismo tiempo, tenían que ser distintos de la experiencia checa, lo cual significaba que debía evitar casi la totalidad de los movimientos nacionales presentes en el Imperio de los Habsburgo y ampliar el horizonte tanto hacia el Este como hacia el Oeste. El segundo criterio de selección fue incluir movimientos cuya estructura social ya hubiera sido al menos parcialmente investigada –lo cual se aplicaba a los movimientos estonio y eslovaco– o en los que se hubieran publicado fuentes pertinentes como sucedía con los movimientos noruego, finlandés y lituano. Tras obtener una beca Humboldt en Alemania, comencé a investigar por mi cuenta en Gante y Amberes para incluir al por entonces poco exitoso movimiento flamenco. Casi treinta años más tarde, dicho sea de paso, algunos colegas flamencos me dijeron cómo les había estimulado comprobar que yo había incluido el movimiento flamenco en la categoría de naciones potenciales. Fui incapaz de incluir los Balcanes en ese momento, pero posteriormente otros investigadores inspirados por mi planteamiento produjeron obras sobre la estructura social de los movimientos macedonio y búlgaro.

¿Cómo situarías Precondiciones sociales de la revitalización nacional en Europa en relación con otros trabajos de la época?

En primer lugar, debo reseñar la complicada historia del libro. El concepto básico fue formulado y el texto escrito en los años sesenta; apareció en alemán en Praga en 1968. Después se produjo un vano de casi veinte años entre esta edición y su publicación en inglés, que es esencialmente una versión ampliada de la alemana. La propuesta inicial para efectuar una traducción inglesa se produjo en 1974 a instancias de New Left Books. Pero descubrí que ellos habían publicado también autores prohibidos por nuestro régimen –Trotsky por ejemplo– y pensé que podía ser peligroso para mí seguir adelante con la publicación, ya que las autoridades podrían asociarme con las ideas de los editores. Descubrí que de algún modo Hobsbawm había estado implicado en esta propuesta de edición; él había leído el libro en alemán y supuse que fue él quien recomendó su traducción al inglés. Le había encontrado en 1964 cuando llegó a Praga para pronunciar una conferencia y ahora le escribí explicándole mis dificultades, que comprendió a la perfección. Mucho después, descubrí que Hobsbawm había escrito un artículo en la década de los setenta en el que se refería positivamente a mi libro; quizá comprensiblemente, ya que reconocía que mi

concepto no dogmático de marxismo –Gellner me denominó en algún momento semimarxista– se hallaba muy próximo a su propio planteamiento metodológico. En la década de los ochenta, mis colegas y yo quisimos invitarle a Praga, pero el régimen checoslovaco le consideraba un «revisionista», que era algo peor que ser no marxista, así que Hobsbawm decidió no venir porque no quería ponernos en un compromiso.

Ofrecí entonces *Precondiciones sociales de la revitalización nacional en Europa* a Cambridge University Press, que en 1979 me pidió que añadiera determinados materiales sobre movimientos nacionales específicos, únicamente para decir a continuación que ahora el libro era demasiado largo. Preparé una versión más breve, pero perdieron el manuscrito, así que tuve que reconstruirlo. El libro se publicó finalmente en 1985. Como resultado de todo esto no pude referirme a trabajos de gran importancia publicados durante esos años –*Naciones y Nacionalismo*, de Gellner, *Comunidades imaginadas*, de Benedict Anderson, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, de Hobsbawm, o *Nacionalismo: teoría, ideología, historia* de Anthony Smith–, circunstancia que tan sólo pude explicar en 2000 en el prefacio a la segunda edición.

Así pues, en cierto modo, podemos distinguir dos contextos en los que ubicar el libro. En los años sesenta, cuando fue escrito, existían muy pocos libros sobre este tema. Los más importantes eran los de Deutsch y los de Eugen Lemberg, un historiador, alemán de los Sudetes, cuyos dos volúmenes de su obra *Nationalismus* de 1964 confirmaron mi decisión de utilizar el método comparativo y me llevaron a criticar el uso genérico e indiferenciado del término «nacionalismo». Respecto al contexto de la década de los ochenta, deben ponerse de relieve algunas de las diferencias existentes entre mi trabajo y los libros publicados entonces: en primer lugar, nunca pretendí desarrollar una «teoría del nacionalismo» exhaustiva, porque prefería estudiar la nación como un gran grupo social. En segundo lugar, mi planteamiento era comparativo e histórico o, por expresarlo con la terminología actual, influenciado por la sociología histórica. En tercer lugar, se centraba en los movimientos nacionales de las naciones pequeñas, «no dominantes», que eran prácticamente ignoradas en la literatura de los años ochenta, con la excepción del trabajo de John Breuilly. Finalmente, consideraba, y todavía considero, la formación de naciones como un proceso específicamente europeo, y no me sentía preocupado con lo que sucedía fuera de Europa.

En teoría, sin embargo, parecería posible aplicar tu marco comparativo, con su sensibilidad a los procesos de transición capitalista, a la formación de naciones no europeas. ¿Significa esto que contemplas los movimientos no europeos, en general surgidos contra el imperialismo occidental, como fenómenos categóricamente distintos de cualesquiera de sus aparentes homólogos europeos?

Se trata de una cuestión muy complicada. Tu pregunta incluye ya de modo implícito dos situaciones diferentes: la formación de naciones en casos como

el de China y Corea, por un lado, y la lucha por la liberación del dominio colonial extranjero, por otro. En esta segunda situación, la lucha también podría hallarse motivada por la xenofobia tribal; además, su objetivo —o el objetivo de sus líderes— es tomar el poder en un Estado colonial, algo muy diferente de la unidad que denominaríamos una «nación» en Europa (aunque más próximo al uso angloestadounidense de acuerdo con el cual nación significa esencialmente Estado). El elemento de confusión es que estos líderes utilizan términos europeos, como por ejemplo «el interés nacional», mientras que la realidad social, cultural y política que se esconde tras ellos es totalmente diferente. En un tercer nivel: ¿qué decir del «nacionalismo» de movimientos que luchan contra Estados locales poscoloniales en África o en Asia como los igbo, los taiwaneses, los uigures o los tamiles? Naturalmente, la idea de nación se ha transferido de cultura a cultura y sería muy interesante analizar este proceso, especialmente en el caso de América Latina. Aquí, de acuerdo con lo que yo conozco, el «discurso nacionalista» precedió e influyó el «despertar nacionalista» en España, pero cronológicamente vino después de los casos alemán, magiar, checo y noruego. Estoy seguro que en determinados ejemplos no europeos podríamos encontrar crisis de identidad análogas a las verificadas en Europa en el umbral de la «revitalización nacional». Pero admito, no obstante, que también evité los procesos no europeos de formación de naciones porque simplemente no conozco suficientemente la historia asiática, africana o americana. ¿Y quién conoce todas ellas?

¿Podrías explicar por qué piensas que el término «nacionalismo» es tan disfuncional?

Es muy fácil etiquetar como «nacionalismo» cualquier fenómeno o atributo que tenga que ver con la nación o con cuestiones nacionales, en vez de diferenciar entre identidad nacional, conciencia nacional, despertar nacional, patriotismo, chauvinismo, lealtad, etc. Y no se trata, como muchos autores anglófonos creen, de un término «neutral». En el caso estadounidense esta supuesta neutralidad es pura hipocresía: te encuentras con miles de títulos sobre el «patriotismo estadounidense», pero casi ninguno sobre el «nacionalismo estadounidense»: los otros son desagradables nacionalistas, nosotros sin embargo ¡somos nobles patriotas! De acuerdo con esta terminología, tanto un individuo de las SS en la Noruega ocupada como un miembro de la resistencia noruega son «nacionalistas». En ese caso, ¿para qué sirve el uso del término? Naturalmente, podemos añadir adjetivos al mismo, como hizo Carlton Hayes a principios del siglo xx. El concepto de nacionalismo de Tom Nairn como un concepto bifronte es útil hasta cierto punto. Pero ¿se refiere el nacionalismo a una actividad o a un estado mental, o a ambos?

También necesitamos tener en cuenta que la palabra «nación», de la cual deriva el término, tiene connotaciones diferentes en las diversas lenguas. En inglés, «nacionalismo» implica una lucha por la forma Estado, pero este no es el caso en alemán o en checo. En las definiciones del siglo xviii ya

podemos ver una diferencia entre un concepto «político» de la nación en inglés y otro «cultural» en alemán o checo. La concepción francesa se halla situada en algún punto entre éstas dos últimas, postulando la unificación estatal y lingüística como base de la nación. Los autores anglosajones que escriben sobre los movimientos nacionales esloveno, checo o eslovaco los describen como «nacionalistas», introduciendo explícita o implícitamente la noción de que éstos giraron en torno a la lucha por la obtención de la estatalidad mostrándose después sorprendidos de que sus dirigentes no lucharan por la independencia. Se trata de un error basado en la ficción de que una nación no puede existir sin un Estado. En las tradiciones lingüísticas checas o alemana, hablamos de nación con independencia de la forma política mediante la que se halle organizada. No tengo dificultad en hablar de las naciones catalana o flamenca, porque se trata de grandes grupos sociales dotados de toda una estructura social, que han desarrollado una cultura y una fuerte identidad nacional, lo cual no es el caso de las «comunidades étnicas» como los habitantes de la Galitzia austriaca, los sorbs, los bielorrusos o los bretones.

Otro ejemplo del efecto embarullador del término: en mi libro de 2005, *Das Europa der Nationen*, escribí que la guerra no jugó ningún papel en la mayoría de los movimientos nacionales del siglo XIX, excepto en los Balcanes. Un reseñador criticó esta afirmación, indicando que había ignorado el papel del nacionalismo en las terribles guerras del siglo XX. Pero, por supuesto, éstas fueron consecuencia del hecho de que en este siglo tenemos que lidiar con naciones totalmente formadas, producto de procesos previos de formación de las mismas. Leer argumentos tan vagos le obliga a uno a preguntarse de dónde provienen. Por todas estas razones utilicé el término «nacionalismo» únicamente en casos extremos en los que las expresiones de identidad nacional mutan en la sobreestimación de la propia nación y en el odio hacia otras, como ha sucedido, por ejemplo, en el caso de Croacia en la década de los noventa.

Sin embargo, muchos Estados-nación emergieron tras la Primera Guerra Mundial.

El hecho de que muchas naciones europeas lograran dotarse de un Estado como resultado de la Primera Guerra Mundial es más un accidente, consecuencia en parte de los intereses y decisiones de las grandes potencias y en parte del hecho de que las comunidades nacionales ya habían sido construidas. No deberíamos generalizar las experiencias irlandesa y balcánica: la mayoría de los movimientos nacionales lograron exitosamente la fase C sin involucrarse en guerras como sucede con los checos, los magiares, los eslovenos, los eslovacos los finlandeses, etcétera.

¿En que aspectos consideras el sionismo como un movimiento nacional típico o atípico en la Europa de finales del siglo XIX y principios del siglo XX?

Considero el sionismo como un movimiento nacional específico, dentro de mi concepción de formación de la nación. Una de sus especificidades primordiales es que el objeto de la agitación nacional no vivía en un territorio compacto, así que el sionismo se desplegó en condiciones muy diferentes: bajo el absolutismo semifeudal de Rusia, por un lado, y en los Estados constitucionales que garantizaban determinados derechos civiles, por otro. En mi opinión, esto significa que el sionismo pertenece simultáneamente a dos tipos diferentes de movimiento nacional: al tipo «tardío», como atestiguan los ejemplos ucraniano, lituano y letón, que vegetaron bajo el *ancien régime* antes de desarrollar una base de masas; pero también al tipo «occidental» o «desintegrado», como el de los galeses, los catalanes o los flamencos, que lucharon para efectuar su agitación entre una gama de programas políticos ya existentes. A finales de los años noventa escribí un artículo en el que sugería que era esta tipología dual la que explicaba las dificultades que había conocido la agitación sionista a la hora de llegar a amplias masas de la población judía residente en Europa. Una segunda importante peculiaridad del sionismo es que su fase B tuvo éxito únicamente fuera de Europa, en Israel: su éxito o fracaso en Europa no puede probarse porque se produjo el Holocausto. Mi artículo sobre este asunto se tradujo al inglés y se publicó en Israel así que parece que hubo quien consideró mis argumentos aceptables³.

Precondiciones sociales de la revitalización nacional en Europa *se publicó en 1968*. ¿Cuáles fueron las repercusiones para ti de las oportunidades que ofreció esa década y posteriormente las de la represión que siguió a los acontecimientos de agosto de 1968?

Trabajé en *Precondiciones sociales de la revitalización nacional en Europa* durante la década de los sesenta en medio del espíritu de creatividad y optimismo de esos momentos. Tan sólo durante la misma fue posible solicitar una beca de larga duración en Alemania y conseguir que el libro se publicase en alemán. No participé en actividad política alguna en Praga durante 1968, en parte porque no confiaba en los ex estalinistas que se habían convertido en reformistas, pero sobre todo porque residía fundamentalmente en el extranjero. En cierto sentido, consideré más inspirador y prometedor observar la lucha por la reforma del capitalismo en París y en Alemania. Así, pues, no sufrí represión alguna después de agosto; como la mayoría de la gente estaba controlado, pero no perseguido.

¿Cómo se desarrolló tu trabajo después de ese momento?

En la Checoslovaquia de los años setenta no se recomendaba continuar trabajando sobre los conceptos de «nacionalismo». Volví a mi investigación

³ Véase M. Hroch, «Zionism as European National Movement», en *Comparative Studies in Modern European History*, Farnham, 1998; y *Jewish Studies* XXXVIII, Jerusalén (1998).

sobre el comercio báltico durante la Guerra de los Treinta Años y escribí un libro comparativo sobre el asunto⁴. También a finales de esa misma década edité un libro con mi colega Josef Petráň sobre la crisis del siglo xvii, que se tradujo al alemán; conviene recordar que por aquel entonces existía una discusión internacional sobre el asunto que Hobsbawm había sido uno de los primeros en iniciar en la década de los cincuenta⁵. Tras ese texto escribí un libro en checo sobre las revoluciones europeas del periodo 1600-1900 en una perspectiva comparada, como contraparte de mis reflexiones sobre la crisis del siglo xvii⁶. A finales de los años ochenta, tras la publicación en inglés de *Precondiciones sociales de la revitalización nacional en Europa*, escribí sobre el impacto de la Revolución francesa en Europa, y coedité un libro sobre la Contrareforma y la Inquisición, aunque ello sucedió antes de la apertura de los archivos españoles, que permanecieron cerrados durante la dictadura franquista e incluso algunos años después de la muerte del dictador⁷.

¿Puedes decirnos algo más sobre el estudio comparativo de las revoluciones?

Constituía un intento de combinar tres niveles de análisis: en primer lugar, un amplio repaso de las teorías de la revolución en Occidente y en los países del Este; en segundo, una discusión de las revoluciones individuales, de sus especificidades y de su papel en la vida nacional; y finalmente estudios comparativos de temas como el «imaginario revolucionario», el papel de las masas populares, las «intenciones y resultados», los orígenes sociales de los participantes. Sobre todo, intenté cuestionar la tesis dogmática de que la revolución era en todas partes el factor primordial del progreso histórico. Pero la censura era todavía muy fuerte, así que los resultados no fueron muy satisfactorios. Posteriormente, opté por una concepción «revisionista» de las revoluciones: ¿por qué no comprenderlas como fenómenos neutrales consistentes en cambios estructurales repentinos realizados mediante la violencia o la amenaza de la misma? Esto significaría incluir no sólo los casos progresivos, sino también 1933, 1948 o 1989. El problema sigue siendo, sin embargo, qué hacer con las revoluciones sociales.

¿Cuál fue tu experiencia de 1989?

Personalmente, sentí una mezcla de euforia y substancial escepticismo. Pero debo admitir que cometí un doloroso error antes de los acontecimientos de

⁴ El libro se publicó en alemán, M. Hroch, *Handel und Politik im Ostseeraum während des Dreissigjährigen Krieges*, Praga, 1976.

⁵ M. Hroch y Josef Petráň, *17. století: krize feudální společnosti?*, Praga, 1976; traducción alemana, *Das 17. Jahrhundert. Krise der Feudalgesellschaft?*, Hamburgo, 1981.

⁶ M. Hroch, *Buržoazní revoluce v Evropě*, Praga, 1981.

⁷ M. Hroch y Vlasta Kubišová, *Velká francouzská revoluce a Evropa 1789-1800*, Praga, 1990; y M. Hroch y Anna Skýbová, *Die Inquisition im Zeitalter der Gegenreformation*, Stuttgart, 1985, publicado en inglés y francés como *Ecclesia militans*, Londres/París, 1988.

noviembre: habiendo evitado exitosamente todo compromiso político durante la década de los setenta y buena parte de la de los ochenta, a finales de ésta comencé a involucrarme a favor de la *Perestroika* esperando que el programa de la Primavera de Praga de 1968 pudiera de algún modo revitalizarse. Esto demostró ser una ilusión, como lo fueron mis expectativas de que sería posible, tras la caída de la dictadura del Partido Comunista, combinar los derechos y las libertades civiles con una esfera económica plural que incluyera los sectores privado, cooperativo y público. En diciembre de 1989, los estudiantes de la Universidad Carlos de Praga me eligieron como director del Instituto Histórico, pero durante el año siguiente comprobé que había jóvenes y ambiciosos colegas «revolucionarios» pugnando por avanzar en sus carreras así que decidí no ponerme en su camino, táctica que había empleado con éxito durante toda mi vida. Como consecuencia, pude concentrar mis energías en la enseñanza y en la escritura tanto en mi país como en el extranjero, dado que uno de los resultados obvios de 1989 fue el fin de la censura y la libertad para viajar.

Como historiador de los movimientos nacionales, ¿cómo caracterizas la ruptura de Checoslovaquia en 1993?

No me impactó en absoluto. La separación en dos Estados fue casi exclusivamente una cuestión de dividir el poder entre políticos, estando ya dividida la identidad nacional. Dado que aceptaba el hecho de que los eslovacos son una nación, no me sorprendió que los políticos eslovacos pretendieran obtener la estatalidad. Hubo, sin embargo, algo de escandaloso en el hecho de que ni siquiera se molestaran en consultar al pueblo. Incidentalmente, es curioso que aunque el concepto de una nación checoslovaca –la ideología oficial de la república del periodo de entreguerras– falló, sobrevivió sin embargo una identidad checoslovaca entre los checos. Como resultado de ello, tras la ruptura, muchos checos de una generación mayor tuvieron dificultades de redefinir su identidad como puramente checa.

Resulta sorprendente que tantos escritores sobre cuestiones nacionales provengan de Bohemia: Bauer, Kohn, Deutsch, Lemberg, Gellner. ¿Cómo explicarías la fuerte presencia checa en este campo?

Mi explicación es que el Imperio austrohúngaro, y sobre todo los territorios checos, constituyeron un laboratorio o terreno de prueba para los movimientos nacionales donde se formularon los argumentos y se desarrollaron los métodos que podrían, correcta o incorrectamente, utilizarse como modelos en el análisis de otros movimientos nacionales del mismo tipo «aestatal». Recordemos que cronológicamente, el movimiento nacional checo se contó entre los más tempranos habiendo comenzado a principios del siglo XIX, como el magiar o el alemán; en otras partes de Europa, los movimientos nacionales comenzaron dos o tres décadas después

si no más tarde. Por supuesto, esto no significa que esté proponiendo un modelo de transferencia cultural de Bohemia a otros lugares.

Debería recordarse además que los estudiosos en cuestión no eran todos de origen checo: Otto Bauer era un judío-alemán, como lo eran Hans Kohn, un estudioso sionista nacido en Praga que emigró a Palestina y posteriormente a Estados Unidos, y Karl Deutsch. La madre de éste último formaba parte del grupo socialdemócrata del Parlamento checoslovaco y fue una de las organizadoras de la ayuda a los emigrados que llegaban de la Alemania nazi. Ella y Deutsch abandonaron Praga camino de Estados Unidos en 1938; cuando él murió donó su biblioteca a la ciudad. Eugen Lemberg no era ni checo ni judío, sino un alemán de los Sudetes. Fue el primer autor de Europa central que intentó introducir el «nacionalismo» en la investigación histórica como un término neutral comprendiéndolo de modo muy amplio como «lealtad incondicional hacia una unidad suprapersonal»; en ese sentido el nacionalismo existía en los casos soviético y comunista así como en determinadas situaciones medievales. Pero en la parte empírica de su trabajo el planteamiento de Lemberg era muy tradicional, y su mencionado origen personal se mostró en su crítica del «nacionalismo defensivo» de las pequeñas naciones y en su opinión de que su característica definitoria radicaba en un complejo de inferioridad. Ernest Gellner nació en realidad en París pero creció en Praga y vivió ahí hasta que su familia emigró en 1939. Se alistó a las fuerzas armadas checo-británicas durante la guerra, pero después de ello se quedó en Gran Bretaña y en ese sentido fue británico por educación, aunque él hablaba un checo excelente sin ningún acento. Lo descubrí en los años ochenta, pero nos encontramos por vez primera en 1991 en una conferencia en España, tras lo cual comenzamos a mantener un contacto asiduo. Llegó a Praga en 1993 para fundar el Centro para el Estudio del Nacionalismo en la Universidad Central Europea y pocos meses antes de su muerte, en 1995, me invitó a que me uniera al consejo científico del Centro.

¿Has revisado de modo significativo los conceptos que acuñaste en tus primeras obras?

En mi libro de 1968 analicé las precondiciones sociales para la transición de la agitación al movimiento de masas, es decir, de la fase B a la fase C. La laguna más importante en ese trabajo atañe a las razones por las que comienza la fase B, esto es, ¿por qué se produce ese primer paso de A a B, de una posición neutral concentrada en la investigación a una postura dinámica? En otras palabras, ¿cómo explicar los inicios de la agitación nacional? Esta cuestión se abordó en mi libro de 2005, *Das Europa der Nationen*, que creo que es el mejor que he escrito sobre esta cuestión⁸. Se

⁸ M. Hroch, *Das Europa der Nationen. Die moderne Nationsbildung im europäischen Vergleich*, Göttingen, 2005.

trata de una especie de volumen conclusivo de una trilogía que comenzó con *Precondiciones sociales de la revitalización nacional en Europa* –que se preguntaba quiénes eran los activistas– y continuó con *In the National Interest*, que se preguntaba qué es lo que ellos quieren⁹. *The Europe of the Nations* intenta ofrecer una interpretación general de la formación de la nación como fenómeno social y cultural, proporcionando una introducción general a las diversas teorías en liza. Se publicó en una serie denominada «Synthesis» y presenta una explicación consensual en vez de contrapuesta a los planteamientos establecidos –primordialista, perennialista, constructivista, modernizador, etnosimbolista– como paradigmas en conflicto. De hecho, intento demostrar que muchas supuestas contradicciones son exageradas y artificiales, particularmente la existente entre perennialismo y constructivismo. Aunque la mayoría de los libros recientes sobre la materia intentan presentar una nueva teoría, o al menos una nueva terminología, mi objetivo era ser original no siendo original, sino consensual. También, en contraposición a mis primeros libros, éste cubre el proceso de formación de la nación a lo largo de toda Europa: no sólo la formación de las pequeñas naciones, sino también la de los Estados-nación. La primera sección ofrece una visión panorámica de las circunstancias –especificidades étnicas y culturales, instituciones, edificios, reliquias históricas– que ya existían independientemente de los deseos y sueños de los «nacionalistas». La segunda parte aborda la «construcción»: organización y agitación nacional, incluyendo los programas lingüísticos y la lucha por el poder político y la emancipación social. Todo ello se discute en conexión con el avance de la modernidad, siendo la concepción de la formación de la nación como parte constitutiva de la llegada de ésta otra de las lagunas presentes en mi trabajo que tenía que ser llenada.

Václav Klaus ha descrito la Unión Europea como una «entidad opresora», comparando el impacto de Bruselas con el de Moscú o la Viena de los Habsburgo y evocando un «trauma de traición» checo. Observando los sentimientos nacionales con una perspectiva a largo plazo, ¿ves paralelos entre tales actitudes respecto a la UE y relaciones previas con Otros históricos semejantes?

Con respecto a Václav Klaus, no estoy seguro de que sepa qué tipo de traición está imaginando, aunque él siempre utiliza o abusa de este término. La noción de traición, o de una amenaza exterior, forma parte de un estereotipo histórico checo, que siempre se despliega de acuerdo con el mismo paradigma. Lo denominaría el paradigma husita: la idea de que somos muy excepcionales y muy progresistas. Apareció por primera vez durante la Primera República de 1918-1938 cuando los checos se vieron a sí

⁹ M. Hroch, *V národním zájmu: požadavky a cíle evropských národních hnutí devatenáctého století v komparativní perspektivě*, Praga, 1996; traducción inglesa: *In the National Interest. Demands and Goals of European National Movements of the Nineteenth Century. A Comparative Perspective*, Praga, 2000.

mismos como la única democracia de Europa central. La toma del poder por los comunistas en 1948 constituye otro ejemplo: en esta ocasión, muchos comunistas pensaron que producirían una alternativa, un tipo de socialismo específicamente checo, diferente del de la Unión Soviética, aunque esta idea se desvaneció rápidamente, y durante la década de los cincuenta muchos de ellos fueron reprimidos y ejecutados. Durante la Primavera de Praga se reprodujo también esta ilusión de que estábamos forjando algo especial, una nueva combinación de democracia y socialismo. Tal y como lo utiliza Klaus, el estereotipo puede incluir otro complejo checo, quizá menos común, de luchar *proti všem* [contra todos] como en el título de una novela muy popular de Alois Jirásek publicada en 1893. De nuevo, procede de los tiempos husitas, y todavía sobrevive, aunque naturalmente sólo en sus formas orales, en las tradiciones familiares checas. Este «contra todos» es casi explícitamente articulado por Klaus estos días en su neta posición contra el Tratado de Lisboa.

En cuanto al impacto de la UE sobre la identidad nacional, esto depende de cómo definamos la nación. En el sentido anglosajón, en el que «nación» implica un Estado y por consiguiente el poder, la Unión Europea puede considerarse un «Otro» negativo, que amenaza el monopolio del poder en el seno del Estado-nación. Interpreto el euroescepticismo de algunos políticos checos, incluido Klaus, en clave instrumentalista: se hallan atemorizados porque sus poderes pueden disminuir. Pero si comprendemos la nación como una comunidad con una cultura compartida, un pasado común, entonces no veo porque la UE podría ponerlo en peligro; la cultura versa sobre el prestigio no sobre el poder. Por el contrario, Europa en este sentido es uno de los pocos instrumentos disponibles para resistir el influjo estadounidense. No existe peligro alguno de que nuestra identidad se disuelva en Europa, sino de que nos convirtamos en una subcultura en el seno de la (anti)cultura estadounidense. Sin embargo, los intelectuales checos se hallan divididos en torno a esta cuestión. Por ejemplo, algunos de nuestros historiadores reaccionaron de modo muy negativo cuando Merkel habló de la necesidad de un libro de texto de historia europea, como si temieran que «ellos» –los europeos– «escribirían nuestra historia». Puede tratarse de una cuestión de provincialización. A pesar del hecho de haber tenido mucha más libertad para viajar y la oportunidad para estudiar los últimos veinte años, los investigadores checos han reducido sensiblemente la elección de sus objetos de investigación; la mayoría de la generación más joven estudia únicamente historia checa, sin intentar aproximarse a los temas europeos. Esta autolimitación es realmente sorprendente y una de las causas de la hostilidad al libro de texto europeo.

Sobre la cuestión relativa al sentimiento nacional y a los «Otros históricos» no hay duda de que la invasión soviética de 1968 fortaleció los sentimientos nacionalistas. Por otro lado, desde la década de los sesenta, los contactos con Occidente han servido en realidad para extender sentimientos de servilismo e inferioridad, particularmente con respecto a Estados Unidos. Aunque es difícil generalizar, tengo la impresión de que en lugar de

«fortalecer» los sentimientos nacionales, asistimos a una confusión en este campo. El resultado es que, durante los últimos veinte años, los programas «nacionalistas» explícitos tan sólo han conocido un apoyo muy reducido entre la población en general —comparado, por ejemplo, con Polonia, Hungría, Francia y Alemania—, mientras que se detectan signos notablemente fuertes de xenofobia.

¿Cómo evaluarías la forma de sentimiento nacional presente en el movimiento de protesta checo contra la base militar estadounidense de radares?

El sentimiento nacional jugó un papel en dos niveles: en primer lugar, en el discurso político, en el que algunos políticos hablaron contra los «soldados extranjeros» presentes en territorio checo; y en segundo, en la aversión popular espontánea al patronazgo y la manipulación extranjera. Pero los partidarios de la base de radares también razonaron en términos nacionales, afirmando que sería en interés de la República Checa contar con ella.

Tú hablabas anteriormente de una «crisis de identidad», contemporánea al advenimiento de la modernidad y la revolución industrial, como una de las precondiciones para el despertar de los sentimientos nacionales en Europa. ¿Existe una crisis de identidad comparable hoy, y si es así, cuáles podrían ser sus resultados?

En primer lugar, podrían establecerse algunos paralelos entre los «nuevos nacionalismos» en la Europa poscomunista después de 1989 —en la antigua Yugoslavia, en Estonia, etc.— y los movimientos nacionales del siglo xix. Existen muchos elementos análogos en su situación: la destrucción del *ancien régime*, la inseguridad en cuanto a lo que lo sustituirá. He descrito algunos de estos ejemplos de «comportamiento repetitivo»: por ejemplo, los nacionalistas croatas y eslovacos imitaron en la década de los noventa modelos de comportamiento del siglo xix¹⁰. Por supuesto, también existen muchas diferencias.

Pero ha existido también una tendencia más amplia y contraria, el individualismo ascendente que constituye uno de los aspectos claves del liberalismo o del neoliberalismo. Los movimientos nacionales clásicos se apoyaban en la noción de solidaridad, de la responsabilidad de un ser humano respecto a su propio pueblo, de trabajar por la propia nación en nombre de la humanidad. Estas actitudes no existen en la actualidad como existían en el siglo xix y, por consiguiente, no pienso que pueda producirse una segunda o tercera ola de revitalización nacional. Un «sentimiento nacional virtual» puede ser posible, artificialmente producido por los medios de co-

¹⁰ M. Horch, «Nationalism and National Movements: Comparing the Past and Present of Central and Eastern Europe», *Nations an Nationalism* 2 (1996), pp. 35-44.

municación, pero no puedo imaginar una reproducción, en este sentido digital, de una de las precondiciones primordiales de una fuerte identidad nacional en el siglo XIX, esto es, la idea de la nación personalizada e inmortal: aunque nuestra propia vida es limitada, si trabajas para tu nación, sobrevivirás con ella para siempre. Este sentimiento no puede reproducirse por medios digitales. Pero todo esto, tenemos que admitirlo, únicamente se aplica cuando reina la paz y existe algún tipo de prosperidad económica. En caso de declive económico, de conflictos internacionales, las condiciones pueden cambiar y entonces, quizá, podamos asistir a más «comportamientos repetitivos».

En todo caso, el fenómeno de la digitalización ha traído aparejado un creciente aislamiento de los individuos, un signo de una crisis real de identidad. Conectado con esto asistimos a una seria crisis del historicismo. Comprendo este fenómeno como una pérdida de perspectiva. Nuestra joven generación, y nuestras sociedades en general, no tienen alternativa al sistema, no tienen ninguna alternativa de futuro. El futuro ya no precisa de nuestras visiones; parece desplegarse automáticamente como resultado de los procesos globalizados. Pero si tú pierdes la capacidad de imaginar el futuro, pierdes el interés por la historia. En la actualidad, existe una gran desorientación sobre este asunto, el cual presenta sin embargo un importante desafío para los historiadores profesionales. Mis propias concepciones al respecto han evolucionado. Previamente sostenía que la sociedad actual es incapaz y no desea imaginar alternativas al capitalismo globalizado porque ha perdido toda perspectiva histórica. Recientemente he comenzado a invertir este razonamiento y a contemplarlo desde el ángulo opuesto, preguntándome si la caída del historicismo no es por el contrario la consecuencia de una pérdida de perspectivas respecto al futuro.

¿Qué recomendaciones harías hoy a un joven investigador de estas cuestiones?

En primer lugar, que no se implicara emocionalmente en el asunto, no mostrándose ni a favor ni en contra del «nacionalismo», por ejemplo. Después, que utilizase un planteamiento comparativo siempre que fuera posible; que distinguiese entre términos, tales como «nación» y la realidad diferenciada; que nunca olvidase que el discurso nacional habitualmente implica no sólo ideas, sino sobre todo intereses reales tanto en la esfera material como en la lucha por el poder. Y, finalmente, que prestase una gran atención a la estructura social y a los orígenes sociales de quienes formulan los «intereses» y los programas nacionales, es decir, a los actores reales*.

* Este artículo es una versión ampliada de una entrevista publicada originalmente en *Tensões mundiais* III, 4 (2007).